

MISIONEROS REDENTORISTAS

Grupo SCALA



PARROQUIA DEL SANTÍSIMO REDENTOR (MADRID) - 18 de noviembre de 2010



Jesús es nuestro

SALVADOR

¿Pero cómo y de qué nos salva?

Jesús es nuestro Salvador. Preguntemos al hombre de la calle, a nosotros mismos: ¿Necesitas ser salvado de algo? ¿De qué? ¿Qué significa para ti que Jesús te haya salvado? ¿Qué cosa importante te pasaría si no te hubiera salvado? Que cada uno trate de contestar...

Que Jesús nos haya salvado ¿significa que podemos ir al cielo? ¿Quiere eso decir que la salvación no vale para nada en esta vida?

SAN ANSELMO Y LA REDENCIÓN

Seguro que todos los que leen esto conocen una «teoría» teológica de la salvación que es la que les han enseñado de pequeños y que se debe a San Anselmo, que la formuló en el siglo XI. En su contexto cultural, dio su explicación de la salvación y se basó para ello en formulaciones del Nuevo Testamento. La recogió luego Santo Tomás, y ha tenido tanto éxito y ha sido tan buena que, de alguna manera, todos identificamos esa explicación con la salvación, de manera que casi no somos capaces de pensar la salvación de forma distinta.

Según esta explicación de San Anselmo, que expongo de una manera rápida, el pecado del hombre causa una ofensa infinita a Dios. Puesto que el hombre es un ser finito y limitado, no puede reparar una ofensa infinita, porque las ofensas se miden por la categoría del ofendido. Es preciso un ser que sea infinito para satisfacer el honor ofendido de Dios, con lo cual Dios tiene que encarnarse, a fin de constituir ese ser infinito que repare la ofensa infinita hecha. Y tiene que encarnarse, porque, al haber sido cometida la ofensa por el hombre, tiene que ser reparada también por el hombre. Jesús muere y merece con su muerte la reconciliación de Dios, porque repara esa ofensa infinita, toda vez que la muerte de Jesús es un sacrificio que tiene un valor infinito por ser la muerte de un ser infinito. Así nos salva Jesús.

San Anselmo basa su explicación en algunos textos del Nuevo Testamento donde se habla de la entrega de Jesús, de su sacrificio; y se basa también en la concepción feudal de la sociedad jerarquizada, donde el honor, las ofensas y las reparaciones son conceptos muy significativos que estructuran esa sociedad.

Pero esta explicación, con la cual la Iglesia latina ha predicado la salvación durante siglos y que es quizá nuestra forma habitual de pensar la salvación, tiene varios fallos muy fáciles de percibir enseguida.

Primero, la imagen que nos da de Dios es una imagen bastante inaceptable: Dios es un ser que exige la muerte de un inocente para la reparación de una ofensa. Esta imagen de un Dios sádico que exige la muerte de un inocente para satisfacer su honor –por muy infinita que esa ofensa haya podido ser– no me parece que sea muy de recibo. Por otra parte, de esa concepción de la

salvación se puede extraer la siguiente consecuencia: la encarnación no habría ocurrido de no haber existido el pecado de Adán. Si la humanidad no hubiera pecado, Jesucristo no habría existido, porque Jesucristo es solamente el ser necesario para reparar esa ofensa. Si esa ofensa no hubiera existido, no habría habido ninguna razón para la encarnación. Entonces, todo lo que hemos dicho sobre la ascensión de nuestro ser de creaturas y nuestra historia por parte de Dios en Jesús no habría llegado a darse. Lo cual está en contra de lo que dice S. Pablo en la Carta a los Colosenses: «Todo fue creado en él y para él» (1,16). Por otra parte, hay una dicotomía en esta teoría entre lo que Jesús es y lo que Jesús hace. En el fondo, Jesús es el instrumento de una obra que es la obra de la reconciliación. Pero la unión entre lo que Jesús hace y lo que Jesús es aparece débil y sólo extrínsecamente establecida.



La explicación de S. Anselmo es una teoría teológica respetable, tradicional, pero puede ser sustituida por otras explicaciones. Además, probablemente con ventaja. Es lo que vamos a intentar ahora.

¿CÓMO CONSIGUE SALVARNOS JESÚS?

Empezábamos antes preguntando: ¿qué significa la salvación?, ¿de qué necesitamos ser salvados? ¿Y si resultara que no necesitaríamos ser salvados de nada...? En teoría, se podría pensar nuestra existencia de otra manera, como hacen algunos de nuestros contemporáneos, prescindiendo del concepto de salvación. El hombre nace, crece, vive, se realiza más o menos y, finalmente, muere. ¿Por qué no pensar que es ésa la vida del hombre? ¿Por qué no pensar que eso es lo que somos? Para algunos de nuestros contemporáneos hay sólo unas pocas cosas de las que sí parece útil salvarse; por ejemplo, de una enfermedad o de la declaración de la renta; pero resulta que para eso no vale la salvación que nos ha traído Jesús.

¿Qué es la salvación? Desde un punto de vista cristiano, podemos afirmar que la salvación es la realización del sentido de la vida humana. La realización del porqué de la existencia mía, personal, y nuestra, de la humanidad y de la creación. La salvación es alcanzar nuestra realización. Ser lo que tenemos que ser. Ser hombres, lograr aquello para lo que existimos. Ésa es la salvación. Empalmando con los puntos antes expuestos, la creación existe para recibir el amor gratuito de Dios y para corresponder incondicionalmente a ese amor gratuito. Pero al amor de Dios, de entre todos los seres de la creación, sólo

puede corresponder el hombre, que es el único ser inteligente y libre que existe. El amor es algo que se da libremente; si no hay libertad, tampoco hay amor; habrá necesidad o chantaje, pero no amor.

Así pues, la salvación del hombre particular y la salvación del hombre como humanidad en su conjunto es corresponder al amor libre y gratuito de Dios. Ya hemos dicho que, puesto que Dios se ha encarnado, la correspondencia al amor libre y gratuito de Dios es algo que se realiza en relación con las realidades creadas. Esta correspondencia al amor gratuito de Dios no se realiza fuera de la realidad creada, como hemos señalado más arriba.



¿Qué significa entonces, en principio, que Jesús nos ha salvado? Significa que la creación ha alcanzado ya su realización. Dicho de otra manera: que Jesús ha correspondido libre y gratuitamente al amor incondicionado de Dios Padre. Amar es compartir y dar todo lo suyo el amante al amado, y esperar la correspondencia del amado al amante. Jesús ya ha correspondido. En este sentido, la finalidad de la creación ya se ha realizado. Por lo tanto, la creación ya no puede quedar frustrada y Dios no ha fracasado con su obra. Jesús realiza la salvación, porque recibe y entrega el Espíritu Santo. El Espíritu es el amor de Dios. Cuando S. Juan dice en su Evangelio (19,30) que Jesús, «inclinando la cabeza, entregó el Espíritu», no sólo quiere dar a entender que Jesús murió (porque el «espíritu», en los textos bíblicos, no es el alma), sino que, al morir, devolvió el Espíritu al Padre y derramó el Espíritu sobre la creación entera.

Ahora bien, ¿por qué fue necesario que Jesús tuviera una muerte de cruz para corresponder al amor gratuito de Dios? ¿Es que Dios quiso la muerte de Jesús y una muerte en la cruz? ¿Estamos, de nuevo, ante una imagen de Dios que no se puede librar de unos rasgos de sadismo? ¿O es que la muerte de Jesús en la cruz no era necesaria? Entonces, ¿por qué ocurrió? Sea dicho de paso que detrás de estas preguntas están también las mismas preguntas referidas a nosotros: ¿quiere Dios nuestra muerte?, ¿quiere Dios nuestro sufrimiento?, ¿quiere Dios la injusticia que padecemos? Esta serie de preguntas referidas a nosotros están detrás de las formuladas respecto a Jesús, porque, como hemos dicho antes, nuestra realización consiste en ser como Jesús.

Pues bien, la respuesta a todas ellas es que Dios no quiere la muerte de Jesús, como tampoco quiere nuestro sufrimiento. En la tradición bíblica, Dios

es el dador de la vida, no el autor de la muerte. Recordemos el libro de la Sabiduría, donde se dice que Dios es amigo de la vida (Sab 11,26) y que sólo por envidia del diablo entró el pecado en el mundo y, con el pecado, la muerte (Sab 2,24). Entonces, ¿qué es lo que Dios quiere y exige de Jesús? Su fidelidad, esto es, la respuesta amorosa a la entrega amorosa del Padre. Ahora bien, la respuesta amorosa que el Padre espera de Jesús se realiza encarnándose y, por tanto, implica la muerte. Podemos decir que Dios quiere la muerte de Jesús secundariamente, en cuanto que la muerte va implicada en la encarnación.

Pero ¿y la cruz? ¿Quiere Dios la muerte de Jesús en la cruz? Dios quiere el amor fiel de Jesús; y el amor fiel de Jesús, en un mundo de pecado, lleva aparejada la muerte en la cruz. La pregunta que se ha formulado más de una vez –¿Nos podía haber redimido Jesús con una sonrisa?– tiene una respuesta correcta, que es: «sí», porque en esa sonrisa Jesús habría expresado todo su amor al Padre; pero tiene una respuesta, también correcta, que es: «no», porque esa sonrisa de amor al Padre, en un mundo de pecado, lleva necesariamente aparejada la muerte.

Esto mismo es aplicable a nosotros, porque todo lo que afirmamos de Jesús lo afirmamos también del hombre, a nuestro nivel. ¿Qué quiere Dios de nosotros? Lo que Dios quiere de nosotros es que correspondamos libremente a su amor incondicionado con nuestro amor. Lo que pasa es que, allí donde reina el pecado, ese amor lleva implícito el sufrimiento y la muerte. Un ejemplo no lejano a nosotros: Monseñor Romero. ¿Quiere Dios la muerte de Monseñor Romero? Sí y no. Lo que quiere es la fidelidad del arzobispo Romero. Lo que quiere Dios es el cumplimiento de su voluntad. Ahora bien, en un mundo de pecado, ese compromiso implica con frecuencia, a veces necesariamente, la muerte del mártir. Dios quiere que Monseñor Romero anuncie el evangelio y denuncie la injusticia en sus homilías. Pero ello implica su muerte, porque el pecado del mundo lo mata.

Éste sería el primer punto. Que Jesús nos ha salvado significa, entonces, que en Jesucristo la humanidad entera y la creación en su conjunto han alcanzado su realización. Jesús muere para salvarnos, precisamente porque el pecado ataca, y a veces mata, a quienes aman a Dios con todas sus consecuencias.

LA SALVACIÓN DEL PECADO

Vamos ahora a ver más en concreto una formulación de San Pablo en la Carta a los Romanos (8,2), donde dice que Jesucristo nos ha salvado de la ley del pecado y de la muerte. Desarrollaremos un poco estos aspectos. La

salvación como salvación del pecado, como salvación de la ley y como salvación de la muerte.

Decir que Jesús nos ha salvado del pecado es, en el fondo, la otra cara de la moneda de lo que acabo de decir. El pecado es la negación del fin de la creación. El pecado es no corresponder al amor gratuito de Dios a través de las otras personas y de la creación. Si Jesús no hubiera sido fiel al Padre, si Jesús no hubiera correspondido al amor de Dios, entonces la creación entera seguiría estando frustrada, no se habría realizado. Con otras palabras: seguiría aún bajo el poder del pecado. Ahí están las formulaciones de Pablo, en la Carta a los Romanos, en el sentido de que el pecado ha sido vencido, de que el pecado ha perdido su poder y su fuerza.



No tiene discusión el hecho de que el pecado sigue existiendo en el mundo. Es verdad que sigue habiendo pecados, pero el conjunto de la creación ya ha correspondido a Dios. Por mucho que nosotros caminemos, no vamos a llegar más allá de donde Jesús ha llegado en el amor al Padre; y como esto del amor no es cuantitativo, sino cualitativo, el amor de la creación al Padre ya ha tenido lugar.

En este sentido, el mundo entero y nosotros con él estamos ya reconciliados con el Padre y estamos ya perdonados. El perdón no hay que entenderlo como algo extrínseco, como parece seguirse de la explicación anselmiana. El perdón de Dios está siempre ofrecido, porque el amor de Dios es amor incondicionado. Fijémonos que en la Carta a los Efesios (2,6) se dice que estamos sentados a la derecha del Padre. Ya hemos sido reconciliados, ya hemos sido perdonados. Por eso nosotros, a partir de Jesús, podemos vivir como quien no está en el pecado. Y es que no lo estamos en verdad, porque en Jesús la creación entera y nosotros en ella hemos sido transformados.

Rahner subraya la dificultad inherente a la misma esencia del pecado para poder reconocerse como tal. El pecado, que es falta de amor, no se reconoce como tal pecado, precisamente porque es falta de amor. Sólo se podría reconocer como pecado si tuviera amor. Pero en tal caso ya no habría pecado. Cuando santos como Santa Teresa o San Francisco de Asís se consideraban los mayores pecadores del mundo, no estaban haciendo un ejercicio de falsa modestia ni se hallaban equivocados. Al revés, cuanto más pecador se siente uno, menos pecador es. Porque el pecado es falta de amor. Sólo se nota la falta

de amor si ese amor existe en algún grado. De ahí que corresponda a la esencia del pecado el no reconocerse como tal.

Con esto quiero decir que al ser salvados del pecado empezamos a reconocemos pecadores. En nuestro mundo es frecuente oír que el pecado propiamente no existe, que lo que ocurre es que no hemos llegado a unos niveles de evolución a los que llegaremos con el tiempo, etc. Con ello se está dando a entender que no reconocemos el pecado existente. Y ésa es precisamente la fuerza del pecado: que no se reconozca. No se reconoce, porque sólo quien ama es capaz de percibir que ama poco; y quien no ama nada no es capaz siquiera de percibir que no ama. Salvamos del pecado significa también hacemos caer en la cuenta y percibir que somos pecadores.

LA SALVACIÓN DE LA LEY

Jesús nos ha salvado no sólo del pecado, sino también de la ley. Nosotros no merecemos la salvación. Nadie se salva. Nadie consigue el perdón de Dios. Nadie merece el cielo. Es falso que el día del juicio final vaya a haber una balanza para pesar en un platillo las obras buenas y en el otro las malas, de forma que, si el haber pesara más que el debe, nos salvaríamos, y en el caso contrario nos condenaríamos. No es así. Y además, es maravilloso que no sea así. Porque, si así fuera, seríamos muchos los que lo íbamos a pasar mal. Ya dice el salmista: «No nos trata como merecen nuestros pecados ni nos paga según nuestras culpas» (Sal 103, 10). Es frecuente en el hombre que pese más el mal que ha hecho y, sobre todo, el bien que ha dejado de hacer que el amor desinteresado. Pero tenemos a nuestro favor que la salvación está ya conseguida, que ya estamos sentados en el cielo en Cristo Jesús. Dios nos ha regalado ya la salvación. No tenemos que merecer nada. Porque nos lo ha merecido todo Cristo. Ya está todo hecho. Pero esto ¿no es lo que dice Lutero? No. Esto es lo que dice el Concilio de Trento. Lo que pasa es que, de tanto criticar a Lutero, se nos olvidó leer hondamente el Concilio de Trento. Hasta tal punto esto es así que San Pablo, cuando desarrolla el tema de la justificación en la Carta a los Romanos, se siente obligado por dos veces a rechazar la objeción que suponía le iban a hacer sus destinatarios y que quizá se le esté ocurriendo ahora a algún lector:



«¿Qué diremos, pues: que debemos permanecer en el pecado para que la gracia se multiplique?» (6,1); y más adelante: «¿Pecaremos porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia?» (6,15).

Estamos salvados del pecado; el pecado no tiene fuerza sobre nosotros; ya estamos sentados en el cielo en Cristo Jesús. Por tanto, no hay nada que merecer. A Dios no se le puede pasar la factura. Si alguien cree que el día del juicio final va a poder presentarle a Dios una factura, un recibo, un buen expediente sin mancha ni borrón, para que le paguen lo que ha merecido, va absolutamente equivocado.

Evidentemente, la respuesta de Pablo en los dos pasajes es la misma: «de ningún modo». Precisamente el estar salvados del pecado nos hace caer en la cuenta de cuánto y cómo nos quiere Dios. Como es de bien nacidos ser agradecidos, si de tal manera hemos sido queridos por Dios que no perdonó ni a su propio Hijo, como dice Pablo en esta misma carta, yo no me puedo quedar tranquilo, pero no porque necesite o vaya a merecer. No me puedo quedar tranquilo, porque, haga lo que haga, nunca habré correspondido como debiera. Dios se ha olvidado de todo lo que pesa en nuestras básculas y de todos nuestros «debes» de las cuentas corrientes espirituales, al haber sido llenado nuestro «haber» por Jesucristo. En consecuencia, una vez que yo me he enterado de eso y lo he conocido, no me queda más remedio que pelearme por corresponder a ese amor gratuito. ¿Cómo? «Matándome» gratuitamente por los demás, que son el Cuerpo de Cristo.

¿Para merecer algo? No, porque ya lo tengo todo. Además, sería indigno que a quien me lo ha regalado todo, encima quisiera cobrarle los servicios prestados. Lo único que puedo hacer es corresponder. Por eso estamos salvados de la ley. No hay diez mandamientos para el cristiano: eso pertenece al Antiguo Testamento. No hay ni diez ni ninguno. No hay mandamientos ni leyes ni prescripciones que nos puedan marcar cómo podemos corresponder al amor de Dios. Si nuestro amor es verdadero, nos pasará lo que dice Jesús en un pasaje del evangelio: «Cuando hayáis hecho todo lo que teníais que hacer, decid: «siervos inútiles somos y sin provecho, hemos hecho lo que teníamos que hacer"» (Lc 17,10).

Recordemos la parábola de los trabajadores invitados a la viña, que no dice más que esto. Es una parábola que, dadas las relaciones comerciales que actualmente suponen casi todas nuestras relaciones humanas, nos desconcierta. Sale el dueño a primera hora, encuentra a algunos esperando ser contratados y los contrata; sale a mediodía, ve a otros mano sobre mano y los llama a trabajar; lo mismo pasa a primera hora de la tarde y al final de la jornada. Luego paga a todos igual: un denario. El denario es pagado a todos, independientemente de lo que hayan trabajado, muchas o pocas horas. En

todo caso, lo que se pide es «ir a trabajar», poner manos a la obra. Corresponder al amor gratuito de Dios.

Dicho de otra manera: no nos salvamos por lo que hacemos, sino que hacemos lo que el amor de Dios nos pide, porque estamos salvados. Notemos que ésta es la forma de relacionarse entre los hombres. Pongamos el ejemplo de una relación interpersonal bien íntima y profunda, como puede ser el matrimonio. Supongo que hay dos formas de construir la relación matrimonial. Una, establecer las relaciones interpersonales y de convivencia de una manera «comercial», pasándose la factura mutuamente: «El otro día fuimos al fútbol, porque te gustaba a ti; pues hoy vamos a bailar, porque me gusta a mí». Hemos estropeado la gratuidad del amor. Pero hay otra posibilidad de establecer las relaciones: competir a ver quién puede dar más al otro sin exigir correspondencia, gratuitamente. Ahora bien, por mucho que nos esforcemos en corresponder gratuitamente al amor de Dios, sabemos que siempre, siempre, nos ganará Él.

Recordemos la Primera Carta de Juan. «No consiste el amor en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó primero» (4,10). Ya continuación dice: «Por tanto, nosotros debemos amarnos unos a otros» (4,11). No dice: «por tanto, nosotros debemos amar a Dios». En teoría, lo podría haber dicho; pero, para evitar que nos equivoquemos como las religiosas de la encuesta, nos lo dice bien claro: la correspondencia al amor de Dios se hace en el amor a los otros hombres.

LA SALVACIÓN DE LA MUERTE

Por último, Jesucristo nos ha salvado de la muerte. En la tradición bíblica (tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, pues éste lo hereda de aquél) hay una relación entre pecado y muerte. La muerte es el fruto del pecado; a causa de éste entró aquélla en el mundo...

«Muerte», en la Biblia, es un concepto límite, porque «muerte» significa todo lo negativo de la vida; muerte es la muerte física; muerte es la debilidad; muerte es la falta de amistad; muerte es la falta de «calidad» de vida...

«Salvados de la muerte» significa, primero, que el final de nuestra vida terrena no es el fin de nuestra existencia.



¿Por qué? Porque el sentido de la creación y de la humanidad es corresponder al amor gratuito de Dios eternamente, definitivamente. En el fondo de nosotros tenemos la percepción íntima de que lo que no es eterno no merece la pena. Ahí está el libro de Qohelet para testificarlo. Todo lo que nosotros entendemos que de verdad merece la pena tiene que tener un componente de eternidad. Tiene que ser definitivo. No vale decir: «te querré por dos meses». Para que algo merezca de verdad la pena, ha de ser para siempre. En último término, lo único que tiene sentido, porque es lo único definitivo, es el amor de Dios a la creación y de las creaturas libres, los hombres, al Creador. Así pues, el amor de Dios al hombre es más fuerte que la muerte. Esto ha quedado demostrado, percibido por los creyentes en la resurrección de Jesús. Haber sido salvados de la muerte significa, pues, que el fin de nuestra vida no es el final.

Ahora bien, en la tradición bíblica –y probablemente también nosotros lo percibamos así–, la muerte no nos ataca sólo cuando dejamos de existir, ese día en que se pone punto final a nuestra vida. Hay una forma de ver las cosas, bastante en boga en las sociedades secularizadas (quizás en Estados Unidos más que en otros lugares), según la cual la muerte es el final natural de la vida. Yo creo que la muerte no es algo natural. La muerte natural no existe. Porque la muerte no es algo con lo que nos encontramos el último día de nuestra vida, sino que la muerte llena nuestra vida. De esto, todos tenemos experiencia. La muerte separa de nosotros a las personas que amamos. El brazo de la muerte nos atenaza con el dolor, la enfermedad o el sufrimiento. Entendida la muerte así, es claro que la muerte llena nuestra vida: cada vez tenemos más canas y menos dientes, y ya no corremos como cuando éramos jóvenes. Es la muerte que va entrando en nuestra vida.

¿Se puede mantener la afirmación de que Jesús nos salva de la muerte, confrontándola con esta realidad de que la muerte nos acompaña continuamente? ¿Es compatible la afirmación de que Jesús nos libra de la muerte con el brazo de la muerte metiéndose por nuestra vida? ¡Pues sí: estamos salvados del dolor, del sufrimiento y de todo lo que en nuestra vida es muerte! Eso quiere decir que el dolor, el sufrimiento, lo que en nuestra vida es muerte, no frustra la realización de nuestra existencia. Con frecuencia se oye preguntar en qué hemos de diferenciar los cristianos de los no cristianos, cuando nuestra actuación en la vida no tiene por qué diferenciarse de la de otras personas honestas y comprometidas con



la justicia y la liberación del hombre. Pues bien, aunque hagamos la declaración de la renta con el mismo sentido de la justicia y el mismo respeto a las leyes y a la obligación de contribuir a las necesidades de la colectividad, hay un aspecto –y no es el único– en el que nos diferenciamos. El cristiano no está sometido a la frustración, porque está salvado de la muerte. El sentido de la existencia es corresponder al amor gratuito de Dios. Todas las otras cosas son secundarias. Son buenas si sirven para corresponder al amor gratuito de Dios, y no lo son si no sirven para corresponder a ese amor gratuito. Entonces, la enfermedad ¿es buena o es mala? Depende de si sirve para corresponder al amor gratuito de Dios o no. El dinero ¿es bueno o es malo? Depende. Se pueden recordar a este respecto las últimas líneas del «Principio y Fundamento» del libro de los Ejercicios de S. Ignacio de Loyola. Las primeras resumen, de acuerdo con las formas de expresarse y la teología de la época, cuál es el sentido de la existencia humana. En las últimas líneas se dice: «de tal manera que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, pobreza que. riqueza, honor que deshonor, vida larga que corta, y así en todo lo demás».

¿Es posible no preferir el honor al deshonor, la vida larga a la muerte temprana, la salud a la enfermedad, los bienes de este mundo a la pobreza? ¿Es la nuestra una fe para masoquistas? Si hemos puesto el sentido de nuestra existencia en corresponder al amor gratuito de Dios, el sentido no está en la salud o en la enfermedad, en la vida larga o en la vida corta, en el honor o en la deshonor, en la riqueza o en la pobreza. El sentido está en amar a Dios en las otras creaturas, de forma que todas las demás cosas valen –es decir, son buenas– en la medida en que sirven para lograr mi verdadera realización. Por eso estamos salvados de la muerte, porque muerte es deshonor, muerte es enfermedad, muerte es pobreza, muerte es vida corta. Y ninguna de ellas impide al cristiano su verdadera y definitiva realización.

Por otra parte, el hecho de estar liberados de la muerte no es algo útil sólo para la otra vida, sino que es algo que vale también para ésta. Leamos un pasaje de la Carta a los Hebreos donde se habla del sacrificio de Cristo y su obra (2,14-15): «Por tanto, así como los hijos participan de la sangre y de la carne, así también participó él de las mismas para aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al diablo, y liberar a cuantos por temor a la muerte estaban de por vida sometidos a esclavitud». Estar liberados de la muerte significa que no somos esclavos de nadie. Porque la muerte es el gran chantaje. Si no estuviéramos liberados de la muerte, nos podrían chantajear amenazándonos: «si no haces esto, te mato»; pero, como la muerte nos da igual, porque nos da igual la salud que la enfermedad, la vida larga que la muerte temprana, la pobreza que la riqueza...

En el «Telediario» de la tarde anterior a la muerte del arzobispo Romero, el corresponsal de TVE, Federico Volpini, dijo: «El arzobispo se está jugando la

vida». Si lo sabía el corresponsal de televisión, también lo sabía el arzobispo. Monseñor Romero se podía jugar la vida precisamente por estar liberado de la muerte. La muerte puede constituir un chantaje para nosotros o no. Estar liberados de la muerte significa que la muerte no es chantaje. Si el horizonte de nuestra vida es la muerte, si ésta fuera la última palabra que nos espera, habría que hacer todo lo posible para librarse de ella. Ahora bien, si, puesto que Jesús ha vencido a la muerte, la muerte ya no tiene poder sobre nosotros, si la muerte es sólo un paso hacia el amor de Dios definitivo, entonces estar liberados de la muerte significa, ante todo y sobre todo, ser libres para corresponder al amor gratuito de Dios. Ser libres precisamente para realizar nuestro sentido, que es vencer al pecado. Una última anotación: todo lo dicho presenta una dimensión escatológica, es decir, que todo esto se ha realizado ya en Jesucristo y todavía tiene que realizarse del todo en nosotros.



A lo largo de estas páginas he acentuado bastante el hecho de que ya estamos salvados en Cristo Jesús, de que ya estamos sentados en los cielos con Cristo Jesús (Ef 2,6).

Sin embargo, estamos sentados todavía en esperanza. El haber recibido el Espíritu de Jesús es tener las primicias de esa salvación. El sentido de la vida humana es ser hombres como Jesús, reproducir la imagen del Hijo, corresponder al amor incondicionado del Padre hasta la entrega de la propia vida, como hizo Jesús. Eso es lo que ahora ha de ser realizado en mi propia existencia; ésa es la tarea que tengo por delante. Dicen que la estadística es la ciencia que demuestra que, si mi vecino se ha comido un pollo y yo me he quedado en ayunas, cada uno nos hemos comido medio pollo. Por eso no es suficiente que la correspondencia al amor del Padre, al realizarse en Jesús, se haya realizado ya en el conjunto de la creación. Ahora tiene que realizarse en mí. El hecho de que Jesús haya vencido a la muerte y al pecado y que él haya correspondido al amor gratuito de Dios, ha conseguido que el conjunto de la creación haya correspondido ya. Pero yo no he perdido mi individualidad personal ni mi libertad. Todo lo de Jesús tiene que irse realizando en mí, y conmigo en todos los que están a mi lado: el resto de la humanidad.